

LIDERAZGO DE EE.UU.: LA ESPERANZA PARA LA LIBERTAD¹

El liderazgo estadounidense en el mundo es una de las cuestiones más discutidas y menos comprendidas. Es cierto que el liderazgo norteamericano no se practica de manera tan convincente y satisfactoria como se hizo en el pasado o incluso como cabía esperar. Nuestros dirigentes no siempre han sabido integrar con éxito las preocupaciones de los demás en sus grandes propósitos y procedimientos. Francamente, puede que no hayan sabido comprender el alcance del cambio que sufrió el mundo al término de la Guerra Fría; y nuestra diplomacia, en el mejor de los casos, ha seguido una senda equivocada.

De ahí que la mera idea del liderazgo norteamericano en el mundo esté atravesando serios problemas. El apoyo que Europa otorga al candidato a la presidencia estadounidense Barak Obama, se debe en gran parte a la esperanza de que con él Norteamérica se asemejará más a Europa, alejándose de la confrontación y orientando su política hacia una diplomacia simbólica o *soft power*. Europa parece creer que atraviesa un periodo de gracia histórica en el que ya no necesita del poder militar estadounidense para defender la Fulda Gap de las ansias invasoras del ejército soviético. Es

Kim R. Holmes es vicepresidente de Estudios de Política de Defensa Internacional de la Heritage Foundation y director del Instituto de Estudios Internacionales Kathryn and Shelby Cullom Davis
Traducción de Celia Resel.

¹ El contenido de este artículo ha sido extraído del libro *Liberty's Best Hope: American Leadership for the 21st Century*, escrito por el autor y publicado a principios de 2008.

como si para los europeos la “Paz Perpetua” de Kant hubiera descendido sobre sus cabezas y América no se hubiera dado nunca por aludida.

Las elecciones en Europa han devuelto al poder a dirigentes conservadores supuestamente pro-americanos tales como Angela Merkel y Nicolas Sarkozy. Sin embargo, Europa está todavía a tan sólo un paso de otorgar el mando a partidos de izquierda totalmente contrarios a los EE.UU. y a las libertades individuales. Muchos estadounidenses recuerdan amargamente el cambio de postura español protagonizado por su nuevo Presidente; y la persistencia del antiamericanismo como ideología en Europa y otros lugares les indica que la división transatlántica es profunda y perdurable.

LA DERIVA TRANSATLÁNTICA DEL PODER Y LOS OBJETIVOS

El núcleo de los desafíos a los que se enfrenta el liderazgo estadounidense es la pérdida en el mundo libre de un objetivo ideológico común. Así como muchos aliados de EE.UU. propugnan un compromiso mecánico con los principios de libertad y democracia, es evidente que no consideran que dichos principios conforman el corazón ideológico del mundo libre. El principio organizador de defensa de la democracia y constitución de la libertad frente a cualquier forma de tiranía ha desaparecido. En su lugar se ha erigido una ideología híbrida de movimientos políticos e intelectuales que pretenden redefinir los principios básicos que cimentaban las alianzas por la libertad del siglo XX.

Estos movimientos se han llamado de muchas maneras. Sus políticas de tendencia izquierdista se enmascaran a menudo con términos académicamente anodinos tales como post-industrialismo o post-materialismo. No obstante, en el ámbito político están mejor descritos por lo que yo denominaría post-liberalismo*: un conjunto de ideas dirigidas a trascender o his-

* Nota del editor: El autor utiliza en sentido americano el término “post-liberalism” para referirse a una ideología de izquierda evolucionada, progresista o socialdemócrata tal como la entendemos en Europa.

tóricamente “ir más allá” de las filosofías democráticas y económicas del liberalismo clásico.

El liberalismo clásico fue esencialmente la ideología que rigió la Revolución Americana y está muy bien reflejada en los principios y premisas de la Declaración de Independencia. De estos principios surgieron las ideas que más tarde inspirarían y guiarían las alianzas por la libertad de la América del siglo XX: libertad del individuo, el derecho de las personas a decidir sobre su propio futuro, y la creencia de que las naciones libres así constituidas tenían el derecho a defenderse contra la tiranía y la agresión. Aun siendo verdad que la idea de libertad puede ser flexible, también es cierto que en la Segunda Guerra Mundial y en la Guerra Fría prevaleció sobre todos los demás un concepto de libertad más restringido y más clásico a la hora de determinar las políticas de alianza de los EE.UU.

La evolución de la izquierda ha tenido muchas repercusiones internacionales, pero ninguna de ellas ha dañado tanto el concepto de liderazgo estadounidense como la de cuestionar el derecho de las naciones libres a defenderse de la tiranía y la agresión. De acuerdo con esta mentalidad, el poder militar se considera una provocación. La guerra contra el terrorismo se ve como una excusa de los EE.UU. para demostrar su poderío y en algunos casos como una conspiración para socavar las libertades civiles. La seguridad no se basa en defender a las naciones libres (y con ello la seguridad de sus ciudadanos), sino más bien radica en conferirle poder al Estado y a las organizaciones internacionales para proporcionar “protección a la dignidad humana” por medio de servicios sociales y económicos.

Tal razonamiento ideológico alimenta el antiamericanismo, que hoy se encuentra más afianzado que nunca desde el despliegue de los misiles en Europa o tras la Guerra de Vietnam. La gran tradición americana de defensa de la libertad se ha convertido en fuente de escarnio y en una excusa para desafiar la reivindicación de su liderazgo.

Este fenómeno tiene muchas variantes y partidarios bien conocidos. Es una seria herramienta de confrontación en manos de rivales y enemigos; pero existen versiones más suaves en países aliados neutrales que combi-

nan la crítica a la política estadounidense con interrogantes sobre su poderío. En Venezuela e Irán el antiamericanismo se utiliza como vehículo para justificar sus acciones y enfrentarse al poder de los EE.UU. En algunos países aliados de Europa se trata de una táctica política que permite un margen de maniobra sin confrontación con Washington.

Aunque no quieran expresarlo abiertamente, en Europa parece que algunos consideran que los EE.UU. son más un problema que un aliado cercano. Es la idea de Jacques Chirac acerca de “un mundo multi-polar” que alberga muchos centros de poder bajo la presunción de que los EE.UU. no se diferencian de otras superpotencias como Rusia o China. La oposición de Francia y Alemania a la guerra de Irak es un buen ejemplo de que dicha estrategia multipolar está en marcha. Los amigos y aliados de los EE.UU. colaboran dependiendo de sus intereses. Si sus expectativas no se cumplen, la alianza básicamente se desvanece.

Europa se encuentra inmersa en una competición ideológica frente a EE.UU. que pretende mostrar al resto del mundo qué modelo político-cultural es mejor: si su propio modelo de disolución de la soberanía nacional en favor de la creación de instituciones de cada vez más envergadura, tanto internacionales como supranacionales, o el enfoque estadounidense que aboga por trabajar por los Estados-nación; ¿es mejor el modelo de la U.E. y de los países no alineados que refrenan la globalización o el estadounidense de libre mercado, que algunos en Francia ridiculizan denominándolo “americanización”?

Parte de la crítica ideológica está encabezada por la estrategia que se conoce como “poder blando” o *soft power*, un término acuñado en 1990 por el profesor de Harvard, Joseph Nye. Se basa en la diplomacia, en la ayuda exterior, en los métodos no militares como fórmula para alcanzar los objetivos. Los europeos creen que este concepto reproduce su visión socialdemócrata sobre cómo las sociedades deberían estar organizadas. Muchos progresistas estadounidenses también comparten esta idea. Son los que piensan que les ayudará a alcanzar los niveles de cooperación internacional necesarios para solucionar los problemas mundiales. Para muchos sigue siendo un reproche no tan sutil hacia el poder militar norteamericano.

Esta perspectiva se dio de bruces con el regreso a la política de *hard power* que adoptaría Bush tras el 11 de septiembre. También entró en conflicto con su enfoque, mucho más escéptico, en torno al cambio climático, los tribunales internacionales y las Naciones Unidas. El resultado ha sido una implícita “guerra civil filosófica” entre los europeos y los norteamericanos, en la que cada uno lanza acusaciones por abandonar los principios sobre los que se sostienen las relaciones amistosas de Occidente. Muchos europeos consideran que los estadounidenses están totalmente anclados en el pasado, ajenos a los importantes cambios sociológicos que trajo consigo la revolución socialdemócrata en Europa. Gran parte de los norteamericanos piensan que la revolución liberal clásica está vivita y coaleando y rechazan a los países de la Europa continental a los que tachan de *free-riders* (gorrones) por negarse a admitir lo mucho que su bienestar “progresista” depende de la disposición americana a pasar por sangre, sudor y lágrimas por la causa común de la libertad.

La deriva del poder y los objetivos es la responsable de nuestros problemas. Las élites europeas perciben más claramente cuáles son sus objetivos e intereses que los norteamericanos y, a su vez, son más conscientes de las diferencias que existen entre ambos. Esto se constata en las muchas crisis que sacuden a la Alianza Transatlántica en los últimos años.

La escisión más sonada se produjo con la guerra de Irak y la protagonizaron principalmente Francia y Alemania; también España bajo el Gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero e Italia con Romano Prodi. De todos modos, Irak no ha sido el único motivo de discordia dentro de la Alianza Atlántica. Francia y Alemania estuvieron a punto de distanciarse de los EE.UU. en la cuestión del fin del embargo de armas a China en 2005. Norteamérica se opuso al fin de este embargo, preocupada porque la Unión Europea no estuviera tomándose lo suficientemente en serio la amenaza que China supone para nuestra seguridad. Asimismo, los franceses y alemanes obstaculizaron en el 2007 el despliegue del sistema antimisiles estadounidense en Polonia y la República Checa, despertando de nuevo dudas sobre si Francia, Alemania y los EE.UU. comparten los mismos intereses estratégicos en Europa.

Puede que algunos descarten que las quejas esgrimidas desde Europa sean algo nuevo; y muchos simplemente las consideran una reacción de oposición a las políticas de la Administración Bush. Sin embargo, no son éstas las trifulcas que han asediado a la OTAN en el pasado. Durante la crisis de los euromisiles en los años 80, la OTAN se mantuvo unida en la cuestión vital sobre la seguridad nacional a pesar de los enormes niveles de descontento en Europa. Los gobiernos europeos se tambaleaban. Incluso llegó a caer la jefatura de Helmut Schmidt, y aun así la OTAN salió del bache unida. Esto no ocurrió con la guerra de Irak, que desgarró a la OTAN y provocó que muchos de sus miembros conspiraran con Rusia e hicieran *lobby* activo en las Naciones Unidas para contrarrestar el poder y los objetivos de Norteamérica.

Esto no tiene precedente. Los EE.UU. entraron en una guerra y sus supuestos aliados, si bien no apoyaban al enemigo, sí estuvieron dispuestos a minar abiertamente la capacidad americana de imponerse. Angela Merkel y Nicolas Sarkozy han intentado posteriormente corregir su postura hacia EE.UU., pero bien es cierto que no se han distanciado sustancialmente de las políticas anteriores en lo concerniente a Irak. Por lo tanto, este fenómeno no es meramente un fallo pasajero atribuible al presidente Chirac o al canciller Schroeder. Sus raíces son más profundas.

El distanciamiento de Europa occidental con respecto a EE.UU. es perturbador, sobre todo cuando dicho distanciamiento se está institucionalizando en la política de defensa y de seguridad europeas; es decir, la U.E. se está esforzando por forjar su identidad militar y de defensa al margen de la norteamericana mediante el diseño de políticas, proyectos y procesos industriales de defensa independientes a los de la OTAN. De esta manera, la centralización del poder militar en Bruselas no sólo reduce el papel de la OTAN y de los EE.UU. en materia de seguridad, sino que también afecta negativamente a la independencia de los Estados de la Unión Europea. Nuestro mayor aliado en la lucha contra el terrorismo, el Reino Unido, actualmente está protagonizando este proceso y tiene a 20.000 soldados comprometidos en un cuerpo de respuesta rápida de la Unión Europea, por lo que no se trata únicamente de una cuestión franco-alemana.

La OTAN continúa siendo importante para Norteamérica. No obstante, hoy en día la OTAN no es sino un pálido reflejo de su grandeza anterior. A pesar de compartir una serie de valores e intereses y colaborar conjuntamente en Afganistán y en la lucha contra el terrorismo, existe una indiscutible “deriva continental” que debilita la alianza. Las crisis y diferencias de los últimos años demuestran que la OTAN puede estar vieniendo su declive. A no ser que se tomen medidas para revertir esta tendencia, puede que nos encontremos ante una guerra “unilateral” (por ejemplo, la batalla que EE.UU. libra frente a Irán en contra de los deseos de Europa) desligada de la OTAN y de su desaparición. Francamente, la relación que se tenía con la OTAN hasta el día de hoy ha dejado de ser recomendable.

LA DIFUSIÓN DE LA LIBERTAD Y DEL LIDERAZGO ESTADOUNIDENSE EN EL MUNDO

No es demasiado tarde para que los EE.UU. elaboren la estrategia que tenga en cuenta todos estos retos y adopte una visión de libertad que se conjugue con una estrategia de fuerza. Ambos valores son los fundamentos de nuestra historia y de nuestra identidad nacional. Sin ellos, los norteamericanos no pueden justificar los sacrificios necesarios, resultado de la defensa de las libertades que tanto ensalzamos dentro y fuera de nuestras fronteras. Creo que con ellos es posible volver a dotar al liderazgo americano del prestigio y nivel de influencia suficiente que anime a los amantes de la libertad a sumarse a nuestro proyecto para defenderla. No obstante, el éxito de esta iniciativa está sujeto a ciertas prioridades de las que tienen que hacerse cargo los responsables de formular las políticas estadounidenses.

1.- Reestructurar el panorama mediante la victoria y la persuasión

El viejo tópico es cierto: todo el mundo venera al vencedor (lo contrario les ocurre a los perdedores). Por mucho que los entendidos en sabiduría popular hayan abusado de este dicho, lo cierto es que se cumple en la mayoría de los países, y más en los EE.UU., donde existe un reclamo especial

por el liderazgo mundial. Nadie apoyaría a Norteamérica si desde fuera se percibiera su declive o su derrota.

Otra máxima relevante es que ningún líder conseguiría transmitir su visión convincentemente sin ser persuasivo. El arte de la persuasión se basa esencialmente en decir la verdad de modo creíble al oyente y en hacerle creer que la idea es suya. Si el deseo de libertad late de verdad en el corazón de todos los seres humanos, debemos esforzarnos por convencer al mundo de que el deseo de difundir la libertad no sólo nos pertenece a nosotros sino que también es suyo. Estas dos máximas deberían estar presentes en la elaboración de cualquier estrategia que tenga como objetivo reestructurar el orden internacional a favor de la libertad. Y es que, para que Norteamérica recupere su condición de líder global debe salir del apuro político y estratégico en el que está inmersa. Gran parte del problema se debe a la percepción de que los EE.UU. están empantanados en Irak y Afganistán y son incapaces de asumir otros grandes retos. Tras los buenos resultados obtenidos tras la invasión de Irak puede que esta percepción cambie, aunque sea a la larga.

Si queremos que nuestros amigos y aliados colaboren más con nosotros tenemos que ser capaces de convencerles de que la posición de los EE.UU. (y su situación) ha cambiado y de que somos vencedores, fuertes, francos y coherentes. Deben sentir que la colaboración reportará más beneficios que pérdidas; y que desafiar a Norteamérica en cuestiones de vital importancia puede traer algunas consecuencias negativas.

2. Las Alianzas por la Libertad han de cerrar filas en torno a su defensa

Hemos de llegar al convencimiento de que el liderazgo norteamericano radica en conseguir que los demás se unan a nuestra causa y en demostrar a nuestros amigos y aliados que poseemos la determinación de luchar por lo que creemos que es correcto. Estos dos puntos no son contradictorios, sino que conforman las dos caras de una misma moneda. Nadie respetará a América si ésta sucumbe o si su imagen se ve debilitada. Hay países que no siempre alcanzan a comprender el modo en que sus intereses coinciden

con el bien común. Tenemos que ayudarles a comprender. Y aunque es importante tener en cuenta los intereses poco ambiciosos de algunos países, no hay que olvidar que los EE.UU. harán valer con firmeza su propia visión de lo que conviene al mundo. Esto es lo que se espera de un líder y, por lo tanto, Washington cometería un grave error si actuara de otro modo.

La posibilidad del liderazgo depende de la capacidad de los EE.UU. de articular una visión y una estrategia para el proyecto aliado. Es el papel indispensable que debe jugar cualquier líder. Nadie más puede hacerlo. Un líder no debe guiarse por lo que es más popular, doblegándose a los deseos y caprichos de otros. Hay que saber dilucidar cuál es el problema común y diseñar una estrategia convincente que pueda ser adoptada por el resto, que, llegado el momento, entenderá que es por su propio bien. La necesidad de cerrar filas en torno a una alianza por la libertad debe estar de alguna manera fundamentada en la historia y en los intereses actuales de las naciones. Independientemente de cuál sea la causa, la defensa de la libertad debe articularse en torno a nuestros valores, ante una amenaza que es urgente y real. Y debe ser lo suficientemente amplia como para aunar a las naciones amantes de la libertad, incluso cuando no comparten todos y cada uno de los aspectos de la estrategia común. El único candidato que reúne actualmente todos estos requisitos es la *defensa de la libertad*, con un énfasis especial en la lucha contra el terrorismo, que representa la mayor amenaza para el mundo actual. La actividad principal en la batalla de las ideas también debería ser explicar por qué la defensa de la libertad es un objetivo digno.

Esto es precisamente lo que hizo Ronald Reagan. Como afirmó en la "National Security Decision Directive 75": "la política estadounidense debe poseer un empuje ideológico tal que manifieste claramente su superioridad y la de los valores occidentales de dignidad, de libertad individual, de libertad de prensa, sindical y empresarial, así como de democracia política". Esto no era ni un mero prejuicio ideológico ni una táctica al servicio de un fin individual; más bien reflejaba una brillante visión estratégica. Se basaba en la firme convicción de que la lucha contra la tiranía no podría ganarse únicamente mediante el uso de la fuerza, sino "poniendo a prueba la voluntad y las ideas, una prueba de la determinación del espíritu, de los

valores que defendemos, de las creencias que apreciamos y de los ideales a los que nos entregamos”.

Algunos argumentarán que la causa de Reagan se desvaneció tras la guerra de Irak, pero la agenda de libertad norteamericana ni empezó ni terminará con “la doctrina Bush” que fue presentada en el segundo discurso inaugural de George W. Bush. Tampoco pueden atribuirse sus comienzos a la intervención en Irak. Ni siquiera empezó con Ronald Reagan (si bien fue el presidente que a lo largo de la Historia mejor ha encarnado y expresado la esencia de esa doctrina y el equilibrio con las políticas de poder). Todos los presidentes de EE.UU. –incluso Richard Nixon– comprendieron que a los americanos no sólo les mueve el ejercicio puro del poder y que sus valores han de ser contemplados en la política exterior. Cualquier enfoque sensato sobre esta cuestión admitirá que el poder y el idealismo americano tienen límites y que existen fórmulas realistas de reivindicar y defender nuestros valores sin necesidad de sucumbir al imperialismo o tratar de abarcar demasiado.

Reestablecer la fe en la libertad no depende de la grandilocuencia de los discursos presidenciales. Ni siquiera se consigue reparando el mal estado de la diplomacia norteamericana, sino más bien tratando de entender la perfecta red de objetivos a favor de la defensa de la libertad, aplicando ese entendimiento a todos los ámbitos de la política exterior, incluido el ejercicio del poder. Esto es lo que hizo Ronald Reagan y lo que debe hacer el futuro presidente de los EE.UU. La renovación del objetivo americano sólo podrá lograrse si la fuerza y los principios son entendidos conjuntamente por el pueblo americano, lo cual sólo se alcanzará con el más alto nivel de atención presidencial.

Asimismo, esto sólo se logrará si comprendemos que la libertad y la democracia no son tácticas rígidas ni paquetes de medidas políticas que puedan ser exportadas por agencias gubernamentales. Más bien son objetivos a largo plazo. Del mismo modo que es un error equiparar las elecciones a la democracia, es una profunda equivocación confundir los medios y el fin de nuestra estrategia por la libertad. El camino hacia el mejor orden internacional de todos los tiempos no será directo y es una insensatez esperar

que toda la política estadounidense adopte posturas solemnes por la libertad, la democracia y los derechos humanos. Se requiere una noción más realista de la realidad de la política internacional si queremos divulgar las bendiciones de la libertad. Puede que sea necesario continuar la cooperación con regímenes no democráticos. Habrá que seguir deteniendo a los combatientes encontrados en los campos de batalla. A largo plazo se asumirá la importancia de este tipo de medidas –al igual que la guerra misma– que tienen como objetivo defender el bien supremo de la causa.

3. Crear nuevas instituciones internacionales

Hay una clara necesidad de que EE.UU. reafirme su liderazgo en los foros multilaterales para reestructurar el panorama internacional y transformar los sistemas actuales de política internacional, legal y económica. Demasiado a menudo, países contrarios a la democracia liberal, a la soberanía del Estado-nación y a los mercados abiertos monopolizan la agenda y los resultados de estas organizaciones. Se constata una tiranía en el consenso que impide el voto negativo o que incluso afecta a los resultados. Rara vez aquellos que siguen líneas contraproducentes sufren las consecuencias de sus políticas.

Para reafirmar el liderazgo por la libertad, Norteamérica debe encabezar la defensa de la soberanía del Estado-nación, la apertura de los sistemas económicos y comerciales y la elaboración de sistemas más realistas en materia de legalidad internacional, capaces de proteger a los países libres y democráticos de las consecuencias que pueden acarrear los abusos de Estados fallidos y tiránicos. Norteamérica debe continuar trabajando para fortalecer las responsabilidades ante las Naciones Unidas, aumentando su participación en las votaciones y buscando financiación voluntaria para un mayor número de programas y agencias. Con esto se lograría que se desplazaran menos cuestiones vitales de seguridad al Consejo de Seguridad y se evitaría que se extendieran a países poco comprometidos con la libertad. Implicaría, asimismo, el fortalecimiento de las alianzas, la creación de nuevas organizaciones internacionales encargadas de gestionar los problemas que las instituciones actuales no han sabido remediar, y el lanzamiento de una estrategia agresiva multilateral en pro de la libertad.

4. Crear una nueva Coalición Global por la Libertad

Las alianzas militares de los EE.UU. están obsoletas, pues se diseñaron en otra época para tratar los conflictos de la Guerra Fría, y hoy en día han perdido el enfoque y la relevancia necesarios para afrontar las principales crisis actuales. La OTAN es un ejemplo. No participa en la guerra de Irak y la reticencia de algunos de sus integrantes a apoyar cualquier tipo de intervención en Irak o en Afganistán, la ha convertido en una organización cada vez más fragmentada y menos apta para responder ante las amenazas de hoy. Algunos países europeos ponen su granito de arena en operaciones en Afganistán; pero otros continúan evitando el duro deber del combate y parecen estar buscando el modo de regresar a sus casas. La inversión europea en la OTAN y en la defensa común es mísera, mientras que Francia y Alemania persiguen un nuevo objetivo en materia de defensa para la U.E. al margen de la OTAN.

Los aliados tienen que proporcionar a la OTAN un objetivo y una misión. Podría abandonar su exclusivo enfoque regional, integrar nuevos miembros y hacerse global, como José María Aznar propugnaba en su informe del 2005 *OTAN: Una Alianza por la Libertad*. La más próspera alianza de la historia debería dejar de centrarse únicamente en defender el territorio europeo y encargarse de salvaguardar la soberanía y la libertad de sus miembros de las amenazas que acechan a la libertad y a la seguridad internacional, entre ellas el terrorismo.

No obstante, el Artículo V sobre el compromiso de los miembros de la OTAN de defenderse colectivamente deja margen (de hecho es una necesidad) para una alianza voluntaria por la seguridad global (a la cual yo me referiría como Coalición Global por la Libertad). Este nuevo acuerdo podría elaborarse sobre dos premisas: la primera, que la libertad y la seguridad son irreparables; y la segunda, que en una era donde el poder global cada vez se hace más difuso y las amenazas existen a nivel nacional, subnacional y transnacional, una amplia cooperación multilateral es cada día más necesaria.

Uno de los objetivos principales de la nueva coalición debería ser la coordinación de la lucha antiterrorista. Países de Asia, Oriente Medio, Amé-

rica Latina e incluso de África están amenazados por el terrorismo y quieren combatirlo. El requisito principal para adherirse a esta nueva coalición debería contemplar no sólo que las naciones que quieran integrarla estén expuestas al enemigo común del extremismo inspirado por el terrorismo, sino que compartan nuestro valor de la libertad y participen en la lucha antiterrorista defendiendo a los demás aliados de posibles ataques. La coalición estaría abierta a cualquier país que cumpliera estos requisitos. Los geográficamente dispersos aliados que han intervenido en Afganistán e Irak deberían ser los primeros en considerarse buenos candidatos. Australia, Japón, Israel, Afganistán, Irak, la India Filipinas, Corea del Sur e Indonesia han elegido democráticamente a sus gobiernos y han participado en la guerra contra el terrorismo. Otros países mucho menos democráticos como Singapur o los que se encuentran en transición como Tailandia podrían adquirir un primer estatus de observadores y colaborar militarmente hasta que desarrollaran completamente sus instituciones democráticas. Los acuerdos variarían en función de cada aspirante. La OTAN proporcionó un modelo a Polonia como miembro fundador y colaborador en la lucha de la Guerra Fría y sin embargo no comenzó su proceso de democratización hasta 1974.

Es obvio que habrá que afrontar desavenencias comunes relativas a temas militares o de inteligencia y que habrá que poner un cuidado especial en evitar que la coalición se convierta en un vehículo gracias al cual algunos de sus miembros intenten atraer a los EE.UU. o a otras grandes potencias militares a sus fronteras o inmiscuirlos en disputas particulares sobre seguridad. Asimismo, llevará tiempo conciliar esta nueva entidad con las estructuras y obligaciones actuales de la OTAN.

Son muchos los beneficios de una coalición como ésta. La cooperación en materia de seguridad con los EE.UU. alcanzaría un carácter global, necesario por la naturaleza global de las amenazas. Una estructura flexible facilitaría la cohesión y la coordinación del mundo libre para preservar la libertad, la paz y la estabilidad que resultan de ella. Un arreglo de estas características contribuiría a aliviar la carga que actualmente soporta Norteamérica en la guerra contra el terrorismo y ayudaría a reducir el problema que plantean a la OTAN algunas naciones aliadas europeas, que con su ac-

titud aprovechada de *free-riders* demandan una participación desproporcionada en el proceso de decisión teniendo en cuenta lo limitado de sus aportaciones. Las alianzas de los EE.UU. requieren un espacio político más amplio para poder atraer perspectivas más realistas que garanticen la victoria en la lucha contra el terrorismo.

La nueva coalición de naciones libres no sería la panacea; habría que trabajar con organizaciones ya existentes y con naciones no democráticas. Todavía seguiríamos dirigiendo la diplomacia tradicional. No obstante, con el tiempo, esta coalición favorecería la creación de una sutil y más abierta reestructuración de las relaciones para resolver los problemas globales. Un enfoque más global favorecería, por ejemplo, las conversaciones pluripartidistas con Corea del Norte. Si éstas se rompen de nuevo y la cuestión regresa al Consejo de Seguridad de Naciones Unidas donde China o Rusia seguramente vetarían una resolución a favor de sanciones duras, entonces Japón y Australia podrían ayudar a los EE.UU. a organizar un enfoque más coordinado al margen de las Naciones Unidas.

Una coalición de seguridad nacional que otorgara un papel más preponderante a aquellos países preocupados por una Rusia renaciente o una China en pleno apogeo, mandaría claras señales a Moscú y a Pekín. La coalición no debería organizarse únicamente para contener a estos países, pero no vendría de más contar con Estados libres dentro de Europa, Asia o cualquier otro lugar, dispuestos a trabajar conjuntamente para protegernos contra las condiciones cambiantes.

5. Proponer un nuevo Foro Global por la Libertad Económica

Otra nueva organización que debería proponer los EE.UU. es un Foro Global por la Libertad Económica; una invitación que reuniera a las veinte economías mundiales libres por excelencia, similar a las cumbres del G-8. El encuentro sería de alto nivel y causaría una gran expectación. En él estarían presentes los dirigentes de los países y ministros de finanzas de nuestros socios comerciales. Las naciones libres económicamente que forman parte del “Índice de Libertad Económica” se reunirían para destacar lo que les conviene en materia económica y lo que no. Un foro así supondría un gran

avance para contrarrestar al creciente número de políticos que desdeñan la evidencia y menosprecian los mercados libres en favor de políticas erróneas, o lo que es peor, proteccionistas o de redistribución. El Foro se convertiría en un lugar donde se valoraría la libertad económica en lugar de criticarse, y donde salieran a la luz las iniciativas que hoy en día existen para lidiar con los retos económicos y financieros urgentes. Proporcionar una mayor atención a la liberalización económica contribuiría a la prosperidad.

6. Proponer nuevos esquemas de negociación

Los Estados Unidos deberían también mostrar su liderazgo proponiendo nuevos esquemas de negociación para resolver cuestiones relativas a la economía, el comercio y los asuntos financieros que están confinados en el actual marco institucional. Por ejemplo, no hay motivo para que aquellos países que quieren reducir los subsidios agrarios no puedan llegar a un acuerdo fuera de la Organización Mundial del Comercio, enfrentada cada vez a más dificultades a la hora de poner en práctica sus normas debido a la creciente complejidad tanto de su estructura de afiliación como del comercio internacional. El punto muerto en el que quedaron las negociaciones en la Ronda de Doha puso de manifiesto la falta real de consenso en muchas cuestiones. Además, las negociaciones comerciales que allí se llevaron a cabo se van extendiendo a otras áreas de la política tradicional interna, como el apoyo a las ayudas de renta básica o la regulación de los mercados de servicios. Este fracaso le da la oportunidad a los EE.UU. de que demuestre su liderazgo. Si se dividen las grandes cuestiones en pedazos más manejables se podrían proponer marcos de negociación específicos para cada tema, más flexibles e independientes, que podrían ser administrados por separado.

Organizaciones como las Naciones Unidas, que ponen de relieve la participación universal y la igualdad de voto independientemente de los intereses que tenga cada miembro en una cuestión y en su resolución, son totalmente ineficientes. Normalmente se decantan por el resultado de mínimo común denominador que tiende a ser mucho menos ambicioso de lo necesario, o por soluciones poco realistas que a pesar de ser muy apetecibles tienen pocas posibilidades de articularse.

Tanto si la cuestión es reducir los subsidios agrarios, eliminar las barreras reguladoras o fortalecer la protección de los derechos de propiedad intelectual, dentro del Foro pueden diseñarse las apropiadas medidas *ad hoc* que den lugar a soluciones reales. En caso de tener éxito, estas medidas podrían institucionalizarse hasta el punto de complementar a organizaciones ya existentes, como la Organización Mundial del Comercio, el Banco Mundial y la Organización para el Desarrollo y la Cooperación Económica. Así, sólo aquellos países verdaderamente interesados en encontrar alternativas económicamente libres y con voluntad de solucionar los problemas deberían estar invitados a formar parte del Foro. Este nuevo enfoque pondría de relieve el liderazgo de los EE.UU. en asuntos de economía mundial y serviría de ejemplo en cómo salir de los atolladeros que existen en las instituciones internacionales.

7. No olvidar a China y a Rusia

Las guerras de Irak y Afganistán (o en realidad la guerra contra el terrorismo en general) prácticamente han acaparado la política exterior de la Administración Bush, lo que dificultó que el Presidente y sus asesores pudieran centrarse en otras cuestiones serias. Existe un amplio vacío, por ejemplo, en el modo en que Norteamérica ha tratado la problemática de naciones como Rusia y China. No es que los EE.UU. hayan ignorado este tema o que no se hayan reunido con sus dirigentes, es que no han sido capaces de averiguar la forma de ocuparse de ellos eficazmente. Se han producido cambios enormes en ambas naciones, caracterizados principalmente por el recorte y el retroceso de las libertades. China es una fábrica de producción de poder; proyecta su riqueza y peso financiero cual “nuevo rico” recién premiado con un boleto de lotería. Rusia está haciendo prácticamente lo mismo con los petrodólares, regocijándose en su intento de retornar a la Guerra Fría.

Norteamérica y sus aliados tienen que dejar de pensar que Rusia y China son “aliados” que buscan lo mismo que nosotros. No actúan como democracias establecidas y, por lo tanto, no debemos tratarlos como si lo fueran. Tengamos en cuenta los siguientes hechos preocupantes: Rusia invadió Georgia en agosto de 2008 apoyando a dos regiones separatistas,

amenazó a países miembros de la OTAN como Rumanía y Bulgaria por llegar a acuerdos que permitieran el establecimiento de centros de entrenamiento conjunto con los EE.UU., y a Polonia y a la República Checa por aceptar establecer en sus territorios la defensa antimisiles que protegerá a nuestros amigos europeos de los misiles iraníes. China posee cuarenta misiles balísticos intercontinentales apuntando a los EE.UU. y otros mil están ubicados a lo largo del estrecho de Taiwán. Recientemente lanzó uno de ellos para destruir un satélite meteorológico en el espacio. Además, ha construido una base de submarinos nucleares cercana a vías marítimas esenciales en el sudeste asiático que albergan hasta veinte submarinos, incluidos algunos diesel y otros con capacidad para misiles nucleares balísticos.

La economía china está posibilitando toda esta modernización militar. Si lo medimos en dólares americanos al cambio oficial, China se posiciona como cuarta potencia en el mundo precedida por Japón y Alemania. Y en cuanto a la paridad de poder adquisitivo ya es el número dos, sólo por detrás de los EE.UU. No hay duda de que el mundo libre no debe cejar en su empeño de impulsar a China a reformar y abrir su economía, pero también debemos protegernos en caso de que use la riqueza para desestabilizar o amenazar a sus vecinos. El que China pase a ser un país aliado dispuesto a aceptar las reglas del juego es todavía una cuestión abierta. El partido comunista en el poder es extraordinariamente partidario de una reforma económica que favorezca la creación de riqueza que no vaya acompañada de una pérdida de control político. Si sirven de indicadores las acciones que China lleva a cabo en Taiwán o su política obstructionista en la eliminación del genocidio en Sudán, hemos de darnos cuenta de que hay todavía un largo camino que recorrer para considerar a China un socio partícipe de los poderes de Occidente interesado en resolver los problemas globales.

Nuestra estrategia debe ser apremiar a China a que reforme simultáneamente sus sistemas políticos y económicos. En ocasiones Norteamérica impulsa uno u otro, pero rara vez los dos al mismo tiempo. Washington debe continuar ofreciendo su experiencia técnica en materia económica, financiera y comercial en las discusiones bilaterales entre ambos países y

asegurarse de que progresan. Asimismo, debemos ser más rápidos en resolver las disputas de la OMC y en los procesos consultivos para presionar a China a que elimine los subsidios, reduzca las barreras a los mercados y a la posesión de bienes y cumpla las obligaciones fijadas por el acuerdo de adhesión a la OMC.

En el plano político, debemos continuar denunciando las violaciones de los derechos humanos y la supresión de la libertad religiosa. La China comunista no debería ser tratada como un aliado internacional mientras siga amenazando la existencia democrática de Taiwán, obstaculice los esfuerzos que la comunidad internacional lleva a cabo para terminar con el sufrimiento humano en Darfur o continúe usando su derecho de veto en el Consejo de Seguridad para impedir la reforma democrática en Birmania.

Con Rusia necesitamos una táctica diferente. No podemos seguir negando el hecho de que Moscú ha vuelto al modelo autoritario tradicional y a una política exterior nacionalista que pretende aprovecharse de otras naciones, particularmente de los EE.UU. No cabe esperar lazos estratégicos a corto plazo. Rusia va a continuar comportándose como una mini-superpotencia, presumiendo ante nosotros y ante sus vecinos de su fortaleza energética mientras define su ambición mundial en un juego de influencia de suma cero y de poder con su rival: los EE.UU.

Desafortunadamente no estamos preparados para reanudar semejante juego con Rusia. Como ocurre con China, no sabemos si tratarla como amiga, como enemiga o como algo intermedio. Lamentamos que se aleje del camino democrático y sin embargo la tratamos como si nada estuviera pasando. Esto ya nada tiene que ver con aquellos tiempos en los que esperábamos que Boris Yeltsin acercara a Rusia a terreno occidental y menos todavía con la “agenda de libertad” del Presidente Bush. En cambio Rusia mira hacia otro lado y parece haber triunfado la opción contraria.

Es necesario plantearle a Rusia con mucha más firmeza de la habitual nuestros principios de democracia y libertad. No debemos dudar en llamar la atención a Moscú cuando actúe para acallarlos. No se trata de un asunto menor, pues los ciudadanos rusos partidarios de la libertad están pendien-

tes de nuestra reacción. La negación rusa de la libertad será considerada “nuestro” fracaso en Occidente si dejamos que Putin y Medvedev campen a sus anchas y no trabajamos para salvaguardar la libertad en el país. La causa de la libertad podría verse condenada durante generaciones.

Tampoco debemos mirar hacia otro lado cuando observemos el mal comportamiento en el frente internacional. Algunos piensan que si criticamos la política exterior rusa podemos estar socavando la causa de la libertad e incitando a una nueva Guerra Fría. Estos temores son infundados e ingenuos. Nuestra apertura hacia Rusia en el pasado no ha contribuido a salvar la democracia. Si Rusia quiere buscarnos problemas, debemos responder. No hay nada peor que pensar que Rusia es un aliado mundial cuando en realidad no lo es.

Debemos hacerle llegar el mensaje de que no podrá abusar ni de los EE.UU. ni de sus aliados, y que impulsaremos consciente y abiertamente las relaciones con cualquier país pro-occidental de su esfera de influencia. No sólo necesitamos estrechar lazos con las ex repúblicas soviéticas de Ucrania y Azerbaiyán, sino que también es necesario ayudar a Ucrania y a Georgia para que lleguen a ser miembros de la OTAN. Es un error pensar que nuestra maniobra de acercamiento a las zonas de influencia rusas causará el mal comportamiento de Moscú. Éste ya se ha producido y los requisitos que ponen encima de la mesa para volver a comportarse bien siempre exceden lo que están dispuestos a dar cambio. Es más, Moscú será más beligerante en Eurasia si le damos la impresión de que no nos importa lo que allí sucede. El silencio se interpreta como una luz verde.

8. Actuar con contundencia cuidando la diplomacia

El presidente Bush fue severamente criticado por la dureza de su discurso en materia de política exterior. Todos recordamos la famosa frase “vivo o muerto” refiriéndose a Osama bin Laden. La Administración Bush recibió grandes críticas cuando el entonces secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, calificó de “vieja Europa” a algunos aliados europeos. Hay varios ejemplos de cómo el tono controvertido utilizado por Washington eclipsó la solidez de la política que defendía.

La mayoría de las críticas fueron injustas. Aquellos que se oponían a las políticas de Bush las exageraron y sacaron de contexto. Hay que admitir que su tono, a veces demasiado duro y torpe, y lo más importante, su incapacidad para explicar a veces los matices de su política, perjudicaron su ejecución. El próximo presidente debería ser muy consciente del legado de Bush. Theodore Roosevelt a menudo afirmaba que algunas veces es mejor atenuar los discursos radicales y actuar con dureza. Hablar con más delicadeza no significa mentir o ser dócil. Significa que hay que asegurarse de que el peso de las acciones va parejo con el de las palabras.

También significa que hay que estar absolutamente seguro de lo que se dice y de lo que se pretende. Norteamérica debe adaptar su retórica de liderazgo. Los discursos están en alza y son imprescindibles para movilizar al pueblo; pero tiene que llegar el momento en el que el presidente y su Gabinete se den cuenta de que tienen que explicar los matices y adaptar sus discursos. La difusión de la libertad requiere que los EE.UU. comprendan y sepan explicar con eficacia, tanto a su gente como al mundo entero, la en ocasiones compleja relación entre la libertad, la democracia, el Estado de derecho y la sociedad civil.

El nuevo estilo de liderazgo debería prometer menos y cumplir más. Una cosa es afirmar que Norteamérica defiende la difusión de la democracia en todo el mundo, y otra es asumir que la garantizará en cada país y en cada persona sobre la Tierra. Lo primero es deseable y posible; lo segundo, deseable pero imposible. Cuando Norteamérica no cumple sus promesas, su causa se resiente. El respeto y la confianza que el mundo ha depositado en los EE.UU., elementos cruciales para su liderazgo, se desvanecen. Cuando EE.UU. asume compromisos como ha hecho en Irak o Afganistán, debe llevarlos a buen puerto. Los dirigentes americanos deberán ser muy cautelosos en el futuro para no acaparar más de lo que puedan llevar a cabo.

Este consejo es especialmente útil si se decide ampliar la OTAN y crear nuevas alianzas o coaliciones en nombre de la defensa de la libertad, pues con todas las controversias que rodean a la agenda de la libertad, ya desde un principio las cartas nos son adversas. Muchos ignorarán la retórica de

la libertad a no ser que se les explique los asuntos de un modo más persuasivo. El nuevo presidente tendrá que saber explicar por qué esta nueva agenda de libertad no es más de lo mismo.

¿Difícil? Sí, pero absolutamente necesario. Después de que un presidente haya intentado explicar por enésima vez que el apoyo a la libertad no implica que “donde se pone el ojo se pone la bala”, o después de repetir incesantemente que abogar por la libertad en todo el mundo no significa que se sea capaz de garantizarla, habría que permitir que se escuche lo que realmente quiere decir: Norteamérica hará lo que esté en sus manos para extender la libertad, y trabajará con aquellos países que comparten sus objetivos y contra aquellos que no, así como tratará de dilucidar la manera de atraer a aquellos que no tienen una posición clara al respecto. Esto no es hipocresía. Es sensatez. Es hora de que esta histórica virtud pase a formar parte del vocabulario de nuestros dirigentes.

9. Aumentar las capacidades militares estadounidenses

Teddy Roosevelt tenía bien claro que en política las “bellas palabras” eran sin duda el paso previo a blandir la espada. En otras palabras, lo importante es que las capacidades militares americanas transmitan el mensaje de su fortaleza. Una diplomacia efectiva debe estar respaldada por la amenaza que puede suponer su poder militar. Norteamérica no será respetada a menos que posea un ejército de primera categoría. Por tanto, si EE.UU. desea seguir ejerciendo su papel de líder mundial, necesitará unas fuerzas armadas capaces de derrotar al enemigo que use la fuerza contra nosotros o contra cualquiera de nuestros aliados.

Aparte de lo ya demostrado en Irak o Afganistán, queda mucho por hacer para instituir este tipo de fuerzas armadas. El objetivo número uno es financiar un ejército de primera. Los mejores ejércitos del mundo no pueden gestionarse con presupuestos escasos. Y cómo se administra el dinero es también una cuestión importante. A este respecto, deberíamos haber aprendido la lección que nos enseñó la era Reagan: más grande no significa mejor: mejor es mejor. La razón por la que las fuerzas armadas estadounidenses funcionan tan bien hoy en día, a pesar de los imprudentes

recortes presupuestarios de defensa de la Administración Clinton, radica en su calidad. Incluso cuando han tenido que llevar a cabo misiones para las que no estaban entrenados (como la guerra contra la insurgencia y la reconstrucción de Irak y Afganistán), el ejército ha demostrado que es capaz de adaptarse a los retos.

A pesar de los costes de la guerra, el gasto en defensa de los EE.UU. permanece por debajo de la media de los últimos 45 años (5,5 por ciento del producto interior bruto) y por debajo de los niveles medios alcanzados durante la Guerra Fría y la Guerra de Vietnam. De acuerdo con el director de la Oficina Presupuestaria del Gobierno, el gasto se reducirá un 2,5 por ciento de aquí a 2015, esto es, lo que Brasil y Bulgaria destinan a su presupuesto de defensa a día de hoy. Si Norteamérica no hace nada para frenar las crecientes ayudas sociales, en el 2041 ya no quedará nada para defensa. Esto debería preocupar a nuestros aliados, especialmente a los europeos. Si por estos motivos América se ve forzada a emprender menos acciones en el mundo, sin duda Europa tendrá que asumir más que hasta ahora.

Construir un ejército fuerte lleva mucho tiempo, por lo que es más indicado disponer de unas fuerzas armadas capaces de responder ante posibles imprevistos. Norteamérica es una potencia global con responsabilidades globales. Tiene que estar preparada para actuar como tal, lo que implica poseer un ejército idóneo para responder eficazmente ante conflictos convencionales o ante insurgencias. Implica ser capaz de luchar y vencer en diferentes lugares y afrontar numerosas eventualidades que se sucedan al mismo tiempo. Finalmente, ser una potencia global implica tener la capacidad de imponerse ante las incipientes amenazas que acechan a nuestro territorio: los misiles balísticos y de crucero, los ataques cibernéticos o las armas de destrucción masiva.

Los hechos acaecidos en la última época, donde las fuerzas armadas estadounidenses han tenido que enfrentarse a enemigos dispares y se han visto obligadas a dirigir misiones inesperadas, pueden enseñarnos mucho sobre el tipo de capacidades que necesitamos. Los EE.UU. necesitan ejércitos suficientemente avezados y flexibles para responder a una gran va-

riedad de amenazas, no sólo a conflictos del estilo de los de la Guerra Fría. Necesitamos personal de primera categoría, equipado con material de última generación, de lo que se deriva la necesidad de que invirtamos mucho más en investigación y desarrollo.

10. Impulsar seriamente el libre comercio y los mercados energéticos abiertos

En el frente económico internacional deben reducirse las barreras al comercio. Las negociaciones de la Ronda de Doha siguen en un punto sin retorno por las diferencias sobre cómo dismantelar barreras impuestas al comercio de los productos agrícolas. Los países en desarrollo se mantienen firmes en su exigencia, demandando que los subsidios contra el libre comercio que los EE.UU. conceden a sus propios productos se recorten a un nivel muy por debajo de lo ofrecido por Washington. Para que dichos países estén dispuestos a mejorar el acceso al mercado y reduzcan sus propias trabas a la agricultura, bienes manufacturados y servicios, exigen que Norteamérica dé su brazo a torcer con los subsidios agrícolas. Como mínimo, piden que los EE.UU. recorten a la mitad su nivel máximo de ayudas proteccionistas internas. Esta es la oferta que los países en vías de desarrollo esperan ver sobre la mesa para reanudar las conversaciones. Aún mejor, los EE.UU. deberían dar ese paso unilateralmente, pues estimularía el comercio y la economía norteamericana saldría enormemente beneficiada.

Dentro y fuera de nuestras fronteras, la demanda de energía crece a ritmo más acelerado que la seguridad del suministro. El precio del gas y del petróleo ha aumentado vertiginosamente y permanece en niveles altos. Tenemos pocas opciones, ya que la mayor parte del petróleo mundial se mueve en un mercado restrictivo dominado por cárteles y por naciones hostiles que usan la baza de la energía como herramienta para frustrar nuestra seguridad nacional y nuestros objetivos de política exterior. Crean monopolios, manipulan el suministro y dificultan la transparencia. Hemos sido testigos de cómo Rusia ha cortado el suministro de gas a sus vecinos para aumentar el precio del mismo o como estrategia intimidatoria. Asimismo, en Venezuela se regala petróleo y se nacionalizan los yacimientos

privados, utilizando como arma de guerra psicológica los vastos recursos de que disponen.

El mayor nivel de seguridad energética no provendrá de los esfuerzos por controlar la producción, sino del acceso al mercado global, a los bienes, a los recursos y a los servicios que dependen de las decisiones que los proveedores aliados toman sobre el mercado. Por el bien de los EE.UU. es necesario conservar el principio de libertad de los mares y el libre comercio entre las naciones fieles al Estado de derecho. Para hacer esto, los EE.UU. necesitan los instrumentos propios de cualquier potencia nacional: instrumentos militares, políticos, el cumplimiento de la ley, inteligencia, instrumentos económicos y de información, etc., que puedan, en cualquier momento, ponerse a disposición de la defensa de nuestros intereses.

El problema que sufre América con la energía se debe también a una serie de acciones desalentadoras que minan los mercados libres y que son perpetradas bien por organizaciones internacionales como la OPEP, o por países que no están dentro de la OPEP pero que elaboran leyes que obstaculizan la inversión exterior, defienden los monopolios gubernamentales e intervienen excesivamente en los mercados. Demasiado a menudo las negociaciones norteamericanas con Arabia Saudí y otros miembros de la OPEP se ven atenuadas por los deseos o temores relativos a otras cuestiones. Cuando Norteamérica se enfrenta a prácticas monopolistas por parte de algunos exportadores, debería responder con firmeza. Después de todo, las democracias industrializadas juegan con ventaja en relación con las tecnologías aplicadas al ámbito energético y en los mercados financieros. Los EE.UU. deberían mantener una posición mucho más firme con aquellos países que usan dólares provenientes de la venta de energía para financiar actividades terroristas. El dinero que los americanos pagan en las gasolineras no puede en ningún caso destinarse a financiar a terroristas, particularmente a aquellos que matan a nuestros hombres y mujeres en Irak o en cualquier otra parte del mundo.

A la larga, necesitamos incrementar nuestras relaciones bilaterales y colaborar más con las instituciones internacionales, si queremos acabar con

la tendencia actual que defiende que el suministro energético pertenece a los gobiernos y está mejor controlado por ellos. Esta idea choca con nuestros intereses y valores, pero, sin embargo, está ganando legitimidad a lo largo del Globo, desde México a Oriente Medio. Norteamérica debería ser más directa en su afán de difundir su convicción de que el mercado está mucho mejor capacitado que el Estado para satisfacer las necesidades energéticas.

CONCLUSIÓN

Los ciudadanos libres del mundo, y todos aquellos que aspiran a serlo, necesitan una América sólida e independiente que lidere la defensa de la libertad. No existe otra nación sobre la faz de la Tierra tan capacitada para liderar la defensa de las naciones libres. Sin embargo, los EE.UU. nunca han pretendido, ni lo harán, ser el guardián del mundo. No tienen ni la voluntad ni la capacidad para asumir ese papel inalcanzable. Por eso, las acusaciones que tachan a Norteamérica de imperialista son absurdas. No obstante, los EE.UU. han sacrificado mucho por garantizar la libertad de los demás, y esto es gracias a que los norteamericanos son conscientes de que su libertad depende de la de los demás. Aunque Norteamérica no puede garantizar la libertad de todos, está capacitada mejor que ninguna otra nación para ayudar a aquellos que están dispuestos a sumarse a la defensa de la libertad.

Puede que esta visión del liderazgo estadounidense suene un tanto presuntuosa, pero no lo es. Es mucho más modesta de lo que normalmente se baraja como estrategia americana. Imaginemos por un momento lo que verdaderamente se necesitaría para que los EE.UU. fueran capaces de “garantizar la paz y la estabilidad internacional”, “la difusión de la democracia” o incluso la protección de los derechos humanos y la dignidad. Estaríamos hablando de una nación de ambición descomunal incluso para nuestros mejores aliados o de un tigre de papel cuyas ansias van más allá de su capacidad y alcance. Es mucho mejor para los EE.UU. asumir una tarea más modesta, de propósitos más factibles, como ayudar a otros países a proteger su libertad de la agresión y el terrorismo.

La libertad no lo es todo. No dice nada sobre el cambio climático ni sobre los derechos humanos *per se*; pero incluso cuando las naciones aliadas libres no están de acuerdo, es poco probable que recurran a invasiones o a atemorizarse las unas a las otras. Establecer lazos con naciones de ideología parecida para defender y difundir la libertad no es lo mismo que establecer una gran comunidad de democracias difícil de manejar y carente de un objetivo principal concreto fundamentado en la realidad de la política internacional. Por lo que hay que abogar es por algo más limitado y sensato: una alianza que se erija sobre la experiencia de las alianzas pasadas y sobre su tradición histórica.